



Editor: José Luis Ramírez Ibarra

# Cultura

## Exitosa presentación del Ballet de Amalia Hernández



Espectáculo de exportación.

Raúl Octavio Coronel

En una plétórica sala de conciertos, con un cupo de mil 200 personas, del Centro Cultural Mexiquense Bicentenario (CCMB), ubicada en Texcoco, el Ballet Folklórico de Amalia Hernández presentó algunos de los momentos más representativos de la vida nacional, además del glamour y la cultura que cobijan a nuestro país.

Con las piezas Matachines, Guerrero, Revolución, Chareada, Tlacotalpan, Quetzales, Juegos, Venado y Jalisco, el ballet arrancó los aplausos de todos sus visitantes, desde el primer momento, debido a la belleza de la música, el rigor técnico, los elaborados trajes típicos y las coreografías originales.

Adelita, Tilín Tilín Tolón Tolón, La Bamba, La Cucaracha, La Malagueña, La Víbora de la Mar, el Son de la Negra, Guadalajara sones veracruzanos y muchas otras canciones, hicieron vibrar a los espectadores, en especial a los niños, con representantes de la cultura popular como la muerte, el diablo, las adelitas, el mariachi y los charros, quienes dieron una muestra del floreo de sogas, al compás de la música.

La pelea de gallos, una lucha a golpes entre dos pretendientes por una dama, botargas de tamaño medio y tamaño monumental, sombreros, paliacates y guayaberas llenaron de color el escenario y fueron el complemento perfecto para mostrar la alegría que caracteriza a todos los mexicanos.

La danza del venado, uno de las piezas representativas del trabajo de Amalia Hernández, fue una muestra de precisión y perfección, sin embargo, Jalisco levantó de sus asientos a la mayor parte de los invitados, quienes profirieron chiflidos, gritos, bravos e innumerables aplausos, por lo que, en agradecimiento a tal manifestación de reconocimiento, los danzantes repitieron la pieza en una lluvia de serpentina, que hacían la vez de fuegos pirotécnicos.

Ante el nerviosismo de sus integrantes, quienes se reían y miraban profundamente a su pareja de baile por la misma razón, el ballet descendió del escenario hasta la luneta central, para terminar la fiesta, y bailó con algunos de los afortunados espectadores, a quienes tendieron la mano, en un pequeño palomazo de danzón.

## Cómo casarse con un marqués

Georgina Martínez González

De pronto pareciera que las elecciones humanas tuercen el verdadero rumbo de las personas y tomamos decisiones que nada o poco tienen que ver con el talento propio, con ese don nato que a veces cuesta trabajo descubrir, descifrar, encauzar, potenciar, y el miedo y la rutina terminan por tomar el mando e imponer actividades ajenas, lejanas, que incluso privan al mundo de ese brillo que sólo cada individuo es capaz de emitir, aunque en el planeta haya más de seis mil millones de seres humanos.

Cada mañana, Héctor Ríos Carbajal entra cantando a la oficina como un verdadero tenor con alma de poeta, atento, caballeroso, formal, entusiasta, así suele arrancar la jornada laboral. Un par de décadas atrás prefirió alejarse del canto y adoptar la relativa seguridad de las ventas.

Es común escuchar que el arte no deja dinero, que vale más tomarlo como "hobby" para no acabar cantando en los camiones o sobreviviendo sin encontrar "la gran oportunidad"; y optar por replicar los criterios de un mundo que suele clasificar, condicionar, estigmatizar.

Así, las oficinas se saturan de frustración y de hastío, lo comprobamos en cada escritorio público donde la felicidad cedió paso a la "seguridad financiera". Y todo se descompone y todos pagamos las consecuencias...

Afortunadamente existen casos contrarios. Julia Quinn, por ejemplo, comenzó a escribir mientras intentaba ingresar a la Universidad de Medicina y para nuestra suerte y fascinación se quedó en el mundo de las letras. Hoy en día es reconocida a nivel internacional como una notable escritora de novela romántica con más de 40 títulos publicados por Titania, el sello de novela romántica de Grupo Editorial Urano.

Basta leer algunos párrafos para constatar su talento y tesón, mancuerna indisoluble si se quieren obtener frutos, pues como bien decía Pablo Picasso: "Que la inspiración llegue no depende de mí. Lo único que yo puedo hacer es ocuparme de que me encuentre trabajando".

La historia se teje por contratos y acuerdos entre dinastías, el amor y la felicidad no siempre o casi nunca delinear los destinos de las naciones; esos conceptos cayeron en el absurdo terreno de las telenovelas frívolas y superficiales, al grado que hoy se nos hace "normal" aceptar que estamos en el siglo de la depresión y lo contrario resulta una cursilería.

Ojalá que siempre exista la fuente del arte que alimenta el espíritu con platillos gourmet exquisitos y bien elaborados, destinados a paladares estrictos y acostu-

brados a altos niveles de calidad y satisfacción.

Como una probadita de esto y con autorización de la Casa Editora reproducimos algunos párrafos de *Cómo casarse con un marqués*, de Julia Quinn, que bien podríamos insertar en la literatura clásica muy cerca de Tolstói, Balzac y de los grandes de todos los tiempos; una historia que va más allá de una Cenicienta decimonónica y que nos recuerda a *Oliver Twist*, a *Ana Karenina* o a *Madame Bovary*.

**Surrey, Inglaterra**  
**Agosto de 1815**

Cuatro más seis, más ocho, más siete, más uno, más uno, más uno, menos ocho y me llevo dos...

Elizabeth Hotchkiss sumó la columna de números por cuarta vez, obtuvo el mismo resultado que las tres veces anteriores y soltó un gruñido.

Cuando levantó la vista, tres caras muy serias la miraban fijamente: las caras de sus tres hermanos pequeños.

—¿Qué pasa, Lizzie? —preguntó Jane, la de nueve años.

Elizabeth sonrió débilmente mientras intentaba descubrir un modo de reservar dinero suficiente para comprar combustible con el que calentar su casita ese invierno.

—Eh... no tenemos muchos fondos, me temo.

Susan, que tenía catorce años y era la más cercana en edad a Elizabeth, frunció el ceño.

—¿Estás totalmente segura? Debemos de tener algo. Cuando vivía papá, siempre...

Elizabeth la hizo callar lanzándole una mirada apremiante.

Cuando su padre vivía, tenían muchas cosas, pero el señor Hotchkiss no les había dejado nada, aparte de una pequeña cuenta corriente. Ni rentas, ni propiedades. Nada, excepto recuerdos. Y no de los que calentaban el corazón (al menos, los que Elizabeth llevaba consigo).

—Ahora es distinto —dijo con firmeza, confiando en zanjar la cuestión—. No se puede comparar. Jane sonrió.

—Podemos usar el dinero que Lucas ha estado metiendo en la lucha del soldadito.

Lucas, el único chico del clan Hotchkiss, soltó un chillido.

—¿Qué hacías tú con mis cosas? —Se volvió hacia Elizabeth con una expresión que podría haberse descrito como «fulminante» de no adornar la cara de un niño de ocho años—. ¿Es que en esta casa no hay intimidad?

—Parece que no —contestó Elizabeth distraídamente, mirando los números que tenía delante. Hizo unas cuantas marcas con el lápiz mientras intentaba dar con nuevas formas de economizar.

—Hermanas —refunfuñó Lucas, muy enfadado—. Son una plaga.

Susan se asomó al libro de cuentas de Elizabeth. —¿No podemos mover un poco el dinero? ¿Hacer algo para que dé un poco más de sí?

—No hay nada que mover. Por suerte la renta de la casa está pagada. Si no, estaríamos hasta las orejas.



Interesante publicación.